

Las relaciones Jesús-pueblo-discípulos en el evangelio de Marcos

INTRODUCCION

La disyuntiva entre una Iglesia de masas y una Iglesia minoritaria es una de las problemáticas más debatidas en la Iglesia actual. Es también una temática que concierne a las teologías que propugnan un mayor protagonismo del pueblo en la configuración de la Iglesia¹. El presente número de ESTUDIOS ECLESIASTICOS dedicado a la idea de una «Iglesia popular» tiene que prestar atención a este problema, aun dentro del marco reducido y limitado que permite un artículo que pretende ser un punto de partida para posteriores reflexiones y exposición de algunas sugerencias.

He escogido como centro del estudio el evangelio de Marcos. Lo que pretendo es estudiar el papel y actitud de Jesús respecto al pueblo, y respecto al grupo de los discípulos. Ambos son entidades claramente definidas y delimitadas en los evangelios, tanto por la propia teología marquiiana como por los hechos históricos que dieron lugar al nacimiento de una «Iglesia» distinta del resto del pueblo israelita. Las preguntas fundamentales que me interesa plantear en el presente artículo se refieren a las relaciones que establece Jesús con los hombres de su tiempo, y cuáles son las directrices que condicionan esas relaciones: ¿Qué postura toma Jesús respecto a las prácticas religiosas del pueblo? ¿En qué sentido tiene una actitud crítica respecto a las tradiciones y religiosidad popular? ¿Qué es lo que exige a los que quieren ser sus discípulos? ¿Qué

¹ Véase por ejemplo el reciente libro de J. M. CASTILLO, *La alternativa cristiana*. Salamanca 1979, 76-86; 126-29; 140-44; 152-56.

sentido tiene su enfrentamiento con los grupos más representativos de la sociedad israelita? Estas son algunas de las cuestiones que pretendo analizar en este estudio.

Se trata de un análisis del evangelio de Marcos. Soy consciente de las limitaciones que tiene un trabajo de este tipo, que debería ser completado con un estudio de la misma problemática por lo menos en los otros dos evangelios sinópticos, y por una búsqueda de la base «histórica» de la presentación que nos hace Marcos que, como sabemos, está configurada por su propia teología, por su propia comprensión del «hecho Jesús» y de su significado. Sin embargo, esto se sale de las posibilidades que me ofrece este artículo. Por eso el estudio que he desarrollado busca presentar qué es lo que dice Marcos, qué mensaje se contiene en su evangelio para unos lectores abiertos a su contenido.

I. LAS RELACIONES DE JESUS CON EL PUEBLO

I.1 El contexto de la actividad de Jesús

Para comprender la relación Jesús —pueblo en el evangelio de Marcos hay que atender a las circunstancias en las que el evangelista nos presenta la actividad de Jesús, concretamente al contexto escatológico del evangelio. Desde el inicio aparece un entorno claramente escatológico: Juan el Bautista es descrito como el profeta Elías (Mc 1,6) y su figura está enmarcada en un marco veterotestamentario (Mal 3,1; Is 40,3) que anuncia la cercanía del fin de los tiempos y de su mensajero escatológico².

Este contexto del evangelio refleja la situación histórica de Israel al comienzo de nuestra era: el nacionalismo religioso del pueblo está en alza contra el poder opresor de Roma y el pueblo se divide en diversos subgrupos que tienen conciencia de estar viviendo un momento de «crisis» religioso-política. Cada uno de estos subgrupos enfoca de forma distinta la realidad: Los zelotas buscan la implantación del Reino de Dios, que ellos identifican con el triunfo político de Israel sobre los romanos y los demás pueblos, con la violencia física y la lucha armada contra Roma. Los fariseos y escribas, por su parte, piden al pueblo que cumpla per-

² E. SCHWEIZER, *Das Evangelium nach Markus*. Göttingen ¹¹1976, 13-23; W. GRUNDMANN, *Das Evangelium nach Markus*. Berlin ⁵1971, 26-32; J. JEREMÍAS, *Teología del Nuevo Testamento I*, Salamanca 1974, 160.

fectamente la ley, con la esperanza de que un sólo día de cumplimiento perfecto de la ley divina sea suficiente para que se produzca automáticamente el Reino de Dios. Los esenios, a su vez, se separan del pueblo para constituir una secta aparte, un resto de puros que reclaman ser el verdadero Israel y esperan el día de Yahvé. Marcos, que conoce la evolución de este nacionalismo que llevará a la guerra del año 70, conecta desde el primer momento con este contexto, y en él nos coloca la actividad de Jesús.

El primer capítulo del evangelio es tanto una introducción a la persona y a la vida pública de Jesús, que comienza en Mc 1,14, como una síntesis de su propia teología, en la que nos da la clave de interpretación con la que tenemos que leer cuanto nos dice en los capítulos posteriores. Es también una especie de «prólogo» como el del cuarto evangelio: Jesús es el hombre del espíritu, anunciado por el Bautista (Mc 1,8) que viene como enviado de Dios a sostener una lucha con el espíritu del mal³. Por eso el evangelista presenta simultáneamente la epifanía bautismal, en la que Jesús revela su identidad, jugando ya con la ambigüedad del Hijo y del Siervo de Dios⁴, y la misión de Jesús, que es llevado por el espíritu a luchar con el espíritu del mal en el desierto, el lugar característico de los espíritus malignos para la mentalidad oriental.

La presencia de Satanás desde el comienzo de la vida de Jesús es una señal de que estamos en un tiempo de «crisis» determinado por el combate apocalíptico entre el enviado de Dios y el espíritu del mal que domina la historia humana. Esto es lo que Jesús anuncia al pueblo: «se ha cumplido el plazo. El reinado de Dios está cerca. Arrepentíos y creed la buena noticia» (Mc 1,15). La predicación de Jesús «de parte de Dios» comienza cuando el Bautista es metido en prisión. Jesús aparece como el que cumple las promesas del deuterio Isaías (Is 52,7) y su actividad es una demostración de su identidad y de su misión. De la misma forma que en la literatura apocalíptica hay que saber comprender las señales del cielo para conocer la inminencia de los sucesos finales, así también el lector del evangelio de Marcos y el pueblo de Israel al que

³ Este es el enfoque de J. M. ROBINSON, *Das Geschichtsverständnis des Markusevangelium*, Zürich 1956, 11-32, que es el que esencialmente sigo en mi propia comprensión del evangelio de Marcos. Cfr. también R. PESCH, *Das Markusevangelium I*, Freiburg 1976, 71-73; 77-86.

⁴ E. SCHWEIZER, *Op. cit.*, 18-21; V. TAYLOR, *The Gospel according to St. Marc*. London 1963, 162.

se dirige Jesús tiene que entender las señales de Jesús para saber que está viviendo en un tiempo trascendental⁵.

1.2 El mensaje de Jesús

Jesús anuncia la cercanía del Reinado de Dios, que Mateo sustituye por la expresión similar «Reino de los cielos» para eludir el nombrar directamente a Dios. Sin embargo, el mismo Mateo conserva a veces la tradición original sin retocarla (Mt 12,28; 19,24; 21,31.43). Este anuncio es un concepto central de la predicación de Jesús: los sinópticos lo ponen 61 veces en sus labios, y es muy raro en la literatura judía y esenia. Además, muchos giros y expresiones que se dan en los sinópticos no tienen paralelos en la literatura profana del tiempo. La misma Iglesia primitiva elude esa terminología, que cuando aparece tiene siempre una significación escatológica (1 Cor 6,10; 15,50; Gal 5,21). La idea del Reinado de Dios se sustituye por la idea de la parusía de Cristo, e incluso por «Reinado de Cristo» (Col 1,13), según el conocido proceso de cristologización que se da en el mensaje de Jesús por parte de la Iglesia pospascual.

Este mensaje tiene connotaciones que lo hacen sumamente interpelante para el pueblo: Se trata de un Reinado que Dios va a implantar en un futuro *cercano* (Mc 1,15), y que incluso va a llegar antes de que mueran todos los pertenecientes a la generación que escucha a Jesús (Mc 9,1). Quizás la misma cita de Marcos 13,30 podría interpretarse en su ambigüedad como referida a la cercanía de los sucesos finales. El evangelista matiza esta conciencia jesuana de una cercanía de los sucesos finales con un logion (Mc 13,31-33), en el que se nos dice que el Hijo del Hombre no sabe ni el día ni la hora en que se va a producir este acontecimiento. Es decir, aquí se nos presenta a Jesús esperando como el resto del pueblo la intervención definitiva de Dios en la historia, y anunciándola para un futuro cercano. La Iglesia primitiva prosiguió esta espera de un fin próximo, como nos muestran algunas tradiciones del Nuevo Testamento: (1Te 4,15s; Rom 13,11; Fil 4,5; Heb 10,25-37; 1Pe 1,7.13s; 4,3; Sant 5,8; Ap. 1,3; 3,11; 22,7.10.12.20)⁶.

⁵ J. M. ROBINSON, *Op. cit.*, 20-26.

⁶ Un estudio detallado acerca de la expectativa de Jesús de un cercano final de los tiempos puede encontrarse en M. KÜNZI, *Das Naherwartungslogion Markus 9.1 par*, Tübingen 1977; también R. PESCH, *Naherwartung. Tradition und Redaktion im Markus 13*, Düsseldorf 1968, 224-43; W. TRILLING, *Implizite Ekklesiologie*, en *Dienst der Vermittlung* (Hrsg. W. ERNST-K.

Hay un segundo rasgo de la predicación de Jesús que complementa lo que hemos visto: el Reinado de Dios comienza a implantarse ya, en el presente histórico de Jesús (Mc 1,15; 2,19-22; 3,24; 11,10; 12,34), y las parábolas de crecimiento nos explican cómo el Reinado de Dios se va desarrollando y revelando paulatinamente (Mc 4,26-34). Las parábolas revelan los secretos del Reinado de Dios (Mc 4,10-12) y la predicación de Jesús comienza con una conciencia de que el tiempo final ya se ha cumplido (Mc 1,15). Es decir, con Jesús de Nazaret comienza la etapa final en la que Dios va a implantar su Reinado, pero esta presencia es germinal, está dirigida hacia un futuro cercano en el que se va a realizar plenamente. La «utopía» que Jesús predica no es, por tanto, algo que se dirige hacia el más allá de la historia, sino una realidad que se hace presente en la historia, aunque de forma germinal; es, por tanto, una utopía generadora dentro de la misma historia, y como veremos, la misma actividad de Jesús es el mayor exponente de la verdad de su mensaje.

1.3 La actividad de Jesús

Jesús confirma con los «hechos» la veracidad de su mensaje y el pueblo a la luz de esos hechos y palabras tiene que reconocer su identidad y su misión. Este es el sentido de la actividad de Jesús en el evangelio marquiano. Desde el capítulo primero hasta el capítulo ocho se nos cuenta el combate de Jesús con los demonios: La primera acción de Jesús consiste en expulsar un demonio (Mc 1,21-29) y la serie de exorcismos tiene unos rasgos comunes que nos revelan la comprensión de Marcos acerca de estos hechos: Los demonios tienen conciencia de la identidad y de la misión de Jesús que viene a destruirlos; buscan incluso controlar a Jesús invocando su nombre o el de Dios, según la creencia de que el conocimiento del nombre de una persona otorga unos poderes mágicos sobre ella. Al no conseguirlo piden clemencia; el pueblo asiste asombrado y temeroso a este combate; Jesús rechaza sus «confesiones» y les manda callar, ya que es el pueblo el que tiene que captar su identidad «leyendo» en sus obras. (Cfr. Mc 1,21-29; 3,11-12; 5,1-20; 9,14-29). Este es el contexto de la discusión con

FEIEREIS-F. HOFFMANN). Leipzig 1976, 150-55. La teología católica ha ido abriéndose cada vez más a la posibilidad de un «error» histórico de Jesús acerca de la proximidad del Reinado de Dios. Por ejemplo, véase K. RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe*. Barcelona 1979, 295.

los letrados acerca del significado de sus exorcismos: La actividad de Jesús es el comienzo de la ruina para el reino de Satanás (Mc 3,22-30), y esto tiene un efecto inmediato para los hombres que aparecen pacíficos al final de la expulsión de los demonios, contrastando con su situación antes de ella. Incluso se afirma que son «muertos vivientes» (Mc 5,5) hasta que Jesús les libera. Por eso, al acusarle los letrados de complicidad con los demonios se están cerrando al mensaje de Jesús, y éste es el «pecado contra el Espíritu Santo que no se perdona», ya que es la obstinación en la ceguera ante el enviado definitivo de Dios. En este contexto se nos dice que también los parientes de Jesús creen que está loco (Mc 3,20-21). Ambos grupos son un anuncio de cómo el pueblo en sus diversos estratos va a cerrarse progresivamente a su mensaje⁷.

Todos los exorcismos, a excepción de Mc 9,14-29, están encuadrados en los primeros ocho capítulos, que son los que nos hablan de la relación de Jesús con el pueblo. Jesús se dirige a su pueblo de palabra y de obra y pretende abrirle a su mensaje. El hecho de que los hombres que se encuentran con él son liberados es el mejor testimonio de que Jesús es el enviado de Dios. Juan anunciaba a uno que era mayor que él y que tiene el espíritu (Mc 1,7-8) y Jesús es considerado por el pueblo como un profeta, en concreto como el profeta Elías que tenía que venir en el tiempo final (Mc 6,14-16; 8,27-30). Jesús, a su vez, se autocalifica de profeta (Mc 6,4) y afirma que Elías ya ha venido (Mc 9,11-13). El exorcismo de Mc 9,14-29 está puesto detrás de la confesión de los discípulos y de la epifanía de la transfiguración donde se revela su verdadera identidad con claridad (Mc 8,27-33; 9,1-13) y sirve tanto para resaltar la poca fe del pueblo al que Jesús tiene que aguantar (Mc 9,19) como la deficiente comprensión de los discípulos que no pueden expulsar demonios (Mc 9,18). Es la conclusión de Marcos acerca del efecto que han tenido los exorcismos.

Del mismo modo los milagros son «señales» que al liberar al hombre revelan la condición de Jesús. En Marcos hay 14 milagros, aproximadamente un tercio de los versículos del evangelio (Mc 1,29-31; 1,40-45; 2,1-12; 3,1-6; 4,35-41; 5,21-43; 5,25-34; 6,34-44; 6,45-52; 7,32-37; 8,1-10; 8,22-26; 10,46-52; 11,12-23). De nuevo observamos que excepto los dos últimos todos los demás

⁷ Para estudiar los exorcismos es fundamental el ya citado libro de J. M. ROBINSON, *Op. cit.*, 42-49. También G. MINETTE DE TILLESSE, *Le secret messianique dans l'évangile de Marc*, París, 1968, 75-113.

están puestos en los ocho primeros capítulos, los que tienen en primer plano la relación de Jesús con el pueblo, y que tienen también unos rasgos comunes: situación desesperada antes de actuar Jesús y de plenitud después; eco antidemónico, ya que las enfermedades son causadas por los demonios en la mentalidad oriental y especialmente los leprosos son muertos vivientes; se exige fe para los milagros que no sirven ni a la curiosidad del pueblo ni al propio prestigio de Jesús, sino como manifestación de la presencia del Reinado de Dios; tensión entre las llamadas de Jesús al silencio y la manifestación irresistible del Reinado de Dios que no puede silenciarse en su presencia en la historia. Los milagros son una epifanía que «revela» el secreto que ya está operando en la historia, y por eso se encuadran entre la epifanía escondida del bautismo, en la que no se dice que el pueblo la reciba, y la de la transfiguración para los discípulos. El pueblo asiste a esos hechos que exigen una portura de fe, pero que en su ambigüedad no eximen de una opción arriesgada ante la persona y el mensaje de Jesús⁸.

Los dos milagros que están fuera de este marco tienen otra función. El del ciego (Mc 10,46-52) conecta con la entrada triunfal en Jerusalén (Mc 11,1-11). En ambos resuenan los ecos mesiánicos: «Hijo de David», «el Reinado que llega de nuestro padre David», «el que viene en nombre del Señor» y no hay la menor indicación de que Jesús exija silencio, al revés incluso toma la iniciativa. Su verdadera identidad, ya revelada a los discípulos, se va descubriendo al pueblo que se va a enfrentar por última vez a la posibilidad de reconocerlo. Además, tienen también un significado para los discípulos, como el exorcismo, ya que están puestos tras los tres anuncios de la pasión y las inmediatas escenas en las que los discípulos no comprenden el sentido del mensaje de Jesús y se pelean por los primeros puestos. Están ciegos como el «ciego» del milagro y necesitan de la acción de Jesús para «ver». Por eso se pone ese relato tras la precedente discusión de los discípulos⁹.

El otro milagro de la higuera seca (Mc 11,12-14.20-21) es también conclusivo: Jesús vino al pueblo y no halló los frutos que esperaba, permanecerá ya estéril como la higuera en el tiempo que viene. Es más signo profético que milagro estrictamente dicho. Los milagros acaban con la misma incompreensión que los exorcismos: Jesús fracasa en su intento de conversión del pueblo.

⁸ G. MINETTE DE TILLESSE, *Op. cit.*, 39-73.

⁹ G. MINETTE DE TILLESSE, *Op. cit.*, 63; 284-87; 291; 395-96.

I.4 Jesús y el pueblo

El evangelista utiliza dos términos para hablar del pueblo ójlos (38 veces) y plêthos (2 veces), que son dos términos técnicos, profanos desprovistos de la significación histórico-salvífica que tiene el término ójlos, que es el que usualmente aplica el Antiguo Testamento para designar al pueblo israelita, y que sólo aparece tres veces en el evangelio (en una cita literal de Isaías, Mc 7,6 y las otras dos en boca de los adversarios de Jesús, Mc 11,32; 14,2). El pueblo es presentado ya desde los resultados finales: rechazó a Jesús y perdió su puesto en la historia de salvación.

Respecto a la enseñanza de Jesús el pueblo se asombra por la *autoridad* y la novedad de su doctrina (Mc 1,22.27; 2,10; 3,15; 4,2; 6,7; 11,18; 12,38) que le distingue del resto de maestros y letrados. Jesús seculariza las tradiciones religiosas del pueblo al que se sabe enviado (Mc 7,24-30) en cuanto que cuestiona esas tradiciones y creencias quitándoles su legitimación religiosa: En lugar de alejarse de los pecadores y gente de mala vida, como esperaba la gente, se acerca a ellos y les perdona los pecados arrogándose una autoridad divina (Mc 2,1-11). Rompe el descanso sabático para hacer bien a los hombres y se consterna del endurecimiento y de la incomprensión de los que le condenan (Mc 3,1-7). Falta a las leyes de purificaciones y además las hace inútiles (Mc 7,1-3). Distingue entre la verdadera intención de Dios que él afirma conocer y la tradición humana que desvirtúa lo divino (Mc 7,9-13). Los representantes del pueblo, y los grupos más significativos de la sociedad, los sacerdotes, letrados, fariseos, senadores y herodianos, aparecen en estas escenas como los representantes de Israel que se escandalizan ante el proceder de Jesús y deciden eliminarlo. Son los representantes del «statu quo» imperante, en sus dimensiones religiosas y sociales. Jesús es un provocador, uno que cuestiona los fundamentos mismos de la sociedad israelita, que por su carácter teocrático estaba determinada por lo religioso de forma casi total.

El pueblo aparece en los capítulos del evangelio en una actitud que oscila entre el asombro, la admiración y el temor. Es el testigo, en su mayoría mudo, entre las dos fuerzas que aparecen opuestas: Jesús por un lado y los representantes del pueblo por otro. A lo largo del evangelio se nos va presentando primeramente las escenas en las que Jesús cuestiona los cimientos de la religiosidad popular cultivada por sacerdotes, letrados, fariseos y senado-

res. A continuación, en la segunda parte del evangelio, una serie de escenas en las que se ponen unas a continuación de otras las escenas de las discusiones y controversias entre Jesús y sus adversarios: Estos cuestionan la autoridad con la que obra (Mc 11,28. 29.33), le exigen una señal celestial que confirme su proceder (Mc 8,11) porque no les basta con las señales que hace y cómo los hombres son liberados por él. Le ponen trampas para cogerle (Mc 12,13-38) y la serie de escenas va marcando un «in crescendo» de la tensión que concluye en la decisión firme de eliminarlo (Mc 12,12; 14,1).

Jesús, por su parte, no hace concesiones, no dulcifica en absoluto el radicalismo de su visión acerca de cómo deben establecerse las relaciones del hombre con Dios, y las relaciones entre los hombres. Por el contrario, sigue dirigiéndose al pueblo, ahora no con exorcismos y milagros, como en la primera parte del evangelio, sino poniendo en primer lugar las advertencias contra estos representantes del pueblo cuya autoridad descalifica (Mc 12,1-12.38-40). Del mismo modo que ha indicado al pueblo que el culto de Israel no agrada a Dios porque antepone las leyes religiosas al bien del hombre (Mc 7,1-3) así llega incluso a anunciar a sus discípulos el final del templo (Mc 13,1-2) con lo que expresa su radical alejamiento de lo que constituye el centro de la religiosidad popular¹⁰.

Marcos resalta en el evangelio las escenas que plantean al pueblo la necesidad de una opción entre Jesús y sus representantes: Jesús reinterpreta todas las tradiciones y normas religiosas desde una clave de comprensión: las relaciones con Dios pasan por las relaciones con el hombre y el amor al prójimo es la línea que da un sentido a todo sacrificio y todo mandamiento (Mc 12,28-34). Sólo el letrado que se abre a esta actitud de Jesús está cercano al Reinado de Dios (Mc 12,34), los otros recibirán «una sentencia severísima» (Mc 12,40). Al mismo tiempo Marcos nos presenta a Jesús exponiendo a la multitud las condiciones radicales de su seguimiento (Mc 8,34), que ya al inicio del evangelio le habían llevado a descalificar a su propia familia carnal (Mc 3,31-35).

Marcos juega con la actitud ambigua del pueblo, que incluso parece que va a decidirse por la opción radical de Jesús, ya que disfruta escuchándole (Mc 12,37), se admira de su enseñanza (Mc 11,18) y le protege contra los intentos de sus representantes

¹⁰ Sólo hay un caso en el evangelio en que Jesús acata una prescripción de Moisés: el caso del leproso al que manda presentarse al templo en testimonio de que realmente se ha curado. Cfr. Mc 3,31-35.

por eliminarle (Mc 12,12; 14,2). Sin embargo, de la misma forma que los exorcismos y milagros de esta segunda parte son un epílogo conclusivo que constata el rechazo del pueblo respecto a Jesús, así ahora la balanza final acaba inclinándose por los representantes del pueblo ((Mc 15,11), y éste aparece completamente al lado de ellos mofándose de Jesús (Mc 15,29.32.35-36). Es el resultado que contrasta con la predicación inicial de Jesús pidiendo al pueblo que se convirtiera (Mc 1,15), y en este epílogo de todo el evangelio incluso el poder político de los opresores romanos participa en este complot contra el enviado de Dios. Es la entera sociedad humana personificada por sus representantes en todos los ámbitos sociales, y masivamente apoyada por el pueblo la que rechaza al enviado de Dios. La pasividad del pueblo en la vida pública de Jesús se torna ahora actividad. El combate entre el enviado de Dios y el espíritu del mal acaba en el fracaso del primero, ya que los adversarios de Jesús no son más que un instrumento del espíritu del mal. Marcos tiene buen cuidado de definir el proceder de estos adversarios de Jesús como un intento de «tentar» a Jesús (Mc 8,11; 10,2; 12,15; 14,38), exactamente como ocurría en la primera parte del evangelio con los intentos de los demonios¹¹.

El evangelista intenta darnos a lo largo de los capítulos una explicación de por qué el pueblo va a rechazar a Jesús mostrándonos su cerrazón: Jesús predicaba en parábolas sobre los misterios del Reinado de Dios, y el pueblo oye, pero no entiende (Mc 4,1-9). La interpretación queda reservada a los discípulos (Mc 4,11), y según la apocalíptica judía los misterios se revelan a los justos, mientras que el pueblo es calificado como «los de fuera» (Mc 4,12) y se le aplica los versículos de Is 6,9-10, que resaltan su cerrazón. Del mismo modo Jesús se queja de su incredulidad, «gente sin fe», y se lamenta de tener que soportarlos todavía (Mc 9,19). De la misma forma que sus representantes le acusaron de expulsar demonios con el poder de Satanás, así también ya antes gente del pueblo le pide que abandone sus tierras tras expulsar demonios (Mc 5,17), y renegaron de él en su patria (Mc 6,1-5)¹².

El evangelista ha ido preparando el desenlace y el veredicto final se indica también en forma de signo profético: el velo del santuario se rasga en dos (Mc 15,37-38) y un pagano reconoce la verdadera identidad de Jesús (Mc 15,39). Los versículos siguientes

¹¹ J. M. ROBINSON, *Op. cit.*, 34-38; 55-67.

¹² Véase el excelente estudio de J. GNILKA, *Die Verstockung Israels. Is 6,9-10 in der Theologie der Synoptiker*. München 1961, 71-86.

se dedican a los personajes que simbolizan al «resto» de Israel que se salva de la catástrofe que se ha consumado en Israel y mantienen su vinculación al Señor. Son el germen pre-pascual de la Iglesia.

Jesús se dirige al pueblo, busca convertirlo y no pretende fundar una Iglesia aparte. Hace señales de palabra y de obra exigiendo al pueblo que opte por él y crea en la presencia del Reinado de Dios en la historia; sin embargo, el pueblo le rechaza y opta por el «statu quo» imperante. La actitud de Jesús es un indicativo para la Iglesia: dirigida al pueblo y no sólo a un grupo de hombres, a una minoría selecta. Pero al mismo tiempo sin poder hacer concesiones al pueblo a costa del mensaje, sino que tiene que denunciar cuanto hay en sus prácticas religiosas y en sus creencias de no evangélico, cuanto lleva a la alienación religiosa¹³. Del mismo modo Jesús relativiza las creencias y tradiciones populares sometiéndolas a un nuevo enfoque: la liberación del hombre, el compromiso con el otro es el eje estructurante para medir todos los mandamientos y leyes, ya que el camino hacia Dios pasa por el servicio a los hombres. Así también la Iglesia tiene que denunciar cuanto hay de religiosidad en el pueblo que lleve a sacrificar al hombre por pretexto de dar culto a Dios. Jesús continúa la crítica profética dándole a la religiosidad su verdadera dimensión, y la Iglesia no puede hacer concesiones para ganarse una adhesión «fácil» del pueblo, porque esto constituye una «tentación permanente» para la Iglesia¹⁴.

II. LAS RELACIONES DE JESUS CON LOS DISCIPULOS

II.1 Los discípulos de Jesús

El término *mathetai* aparece 45 veces en el evangelio de Marcos, y 41 veces se aplica a los discípulos de Jesús, que siempre aparecen como el grupo que acompaña a Jesús y sólo desaparecen en el c.15 cuando se nos cuenta que han abandonado a Jesús. Es un concepto amplio e indeterminado que nos deja en la inseguridad acerca de si siempre se refiere a los discípulos del Jesús histórico

¹³ En este sentido he enfocado las «tentaciones de la Iglesia» en: J. A. ESTRADA, *Las tentaciones de la Iglesia: Proyección 25* (1978) 275-77; Cfr. también J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Las tentaciones de Jesús y la tentación cristiana: Estudios Eclesiásticos*, 47 (1972) 155-88, donde se hace un estudio de las tentaciones de Jesús como marco para encuadrar las tentaciones del cristiano.

o si incluye a los futuros creyentes y seguidores de Jesús. Otro concepto usual en Marcos para designar a los discípulos es la expresión *perì autòn* (Mc 3,34; 4,10), que tiene también un sentido indeterminado¹⁴.

Lo característico de los discípulos es que *siguen* al Señor: Desde el inicio del evangelio el primer hecho que se nos cuenta de Jesús es que llama a un grupo de hombres para que le sigan (Mc 1,16-20). Marca, por tanto, la personalidad de Jesús, que no es un asceta o un individualista, sino que desde el primer momento busca a otros hombres con los que pueda formar una comunidad reunida en torno a él para que viva la experiencia de la entrada del Reinado de Dios en la historia. El evangelista recoge aquí esta característica propia del cristianismo: es necesaria la comunidad para ser cristiano y es incomprensible una experiencia del Reinado de Dios que se quede meramente en el individuo, sino que necesariamente tiene una dimensión social.

Al escenificar la vocación de los primeros discípulos Marcos toma como modelo el relato profético de la vocación de Eliseo con Elías (1Re 19,19-21), que es también la base de otras escenas desarrolladas en los otros sinópticos para completar la teología marquina (Mt 8,21-22; Lc 9,59-61)¹⁵. La diferencia fundamental entre el relato del Antiguo Testamento y la de los primeros discípulos está en el motivo misional, se les llama para ser «pescadores de hombres» (Mc 1,17). El motivo misional conecta desde el principio con la llamada al seguimiento (el verbo está en futuro) y es una legitimación cristológica de la misión posterior de la Iglesia: Es es relato de la vocación de cuatro personajes históricos de gran importancia en la Iglesia primitiva y se destaca ya a Simón, Mc 1,16. Esto se acentúa en la teología lucana que modifica esta escena para dar a Simón un protagonismo absoluto, Lc 5,1-11, de tal manera que lo transforma en la «vocación de Pedro y sus compañeros». También recoge este dato de Marcos por el que los discípulos son los testigos de la predicación del Reino desde el comienzo de la actividad de Jesús para hacerlo el criterio teológico decisivo en el momento de completar el «colegio apostólico», en el que está libre el puesto dejado por Judas, Cfr. He 1,21-22.

Los comentaristas siempre han destacado el carácter radical

¹⁴ Cfr. G. SCHMAHL, *Die Zwölf im Markusevangelium*, Trier 1974, 15-17; 111-16; 125-28; K. STOCK, *Boten aus dem Mit-Ihm-Sein*, Roma 1975, 199-203.

¹⁵ W. BRACHT, *Jüngerschaft und Nachfolge. Zur Gemeindesituation im Werden*, (Hrsg. J. HAINZ), München 1976, 152-53; 157-59.

que tiene esta escena de la vocación de los discípulos, y las complementarias de los otros sinópticos. Reflejan la dimensión escatológica de la misión de Jesús. Ante la irrupción del Reinado de Dios en la historia, personificado en Jesús de Nazaret, todas las vinculaciones sociales y humanas pasan a un segundo plano y hay que dejarlo todo para seguir al enviado de Dios.

El mismo término *mathetai* aplicado a los discípulos es corriente en Israel para designar a los alumnos de un rabino, y Jesús es también designado con esta denominación tanto por el pueblo como por sus discípulos (Mc 9,5; 10,51; 11,21; 14,45). Por el contrario, Mateo rechaza el uso jesuano de este título, quizás influido por sus polémicas con los rabinos que atacan a la comunidad cristiana y en su evangelio sólo Judas el traidor llama de esta forma a Jesús (Mt 26,49 Cfr. Mt 23,7). Dado que frecuentemente se nos habla de Jesús «enseñando» se podría pensar que Marcos pone la relación entre Jesús y sus discípulos como algo similar a la de los rabinos; sin embargo, lo característico de los discípulos no es que «aprendan», sino que le sigan. En todo el Nuevo Testamento hay 25 citas del verbo *didaskō* (=enseñar) y otras 25 del verbo *manthanō* (=aprender), pero en los sinópticos hay una proporción de una cita, en la que se nos dice que aprenden, por cada cuatro citas en las que Jesús enseña, y si atendemos al cómputo total de los evangelios (incluido el de Juan) la proporción es de una por cada once. Por el contrario, el concepto usual de seguimiento *akolouthēō*, que los sinópticos aplican a los discípulos, sólo se usa en el resto del Nuevo Testamento dos veces (Ap 14,4: los que siguen al cordero; 1Pe 2,21: los cristianos que siguen las huellas de Cristo)¹⁶. Por tanto, el seguimiento es lo característico de los discípulos del Jesús histórico: éstos no están caracterizados por aprender una doctrina como los discípulos de los rabinos, sino por un seguimiento que incluye tanto la teoría como la praxis. Se les llama a una comunidad de vida y no sólo de doctrina, en la que la ortopraxis es por lo menos tan esencial como la comprensión correcta de su enseñanza.

¹⁶ Sobre el tema del seguimiento Cfr. A. SCHULZ, *Nachfolgen und Nachahmen*. München 1962, 61-62; M. HENGEL, *Nachfolge und Charisma*. Berlin 1968, 46-55; 63-67; H. D. BETZ, *Nachfolge und Nachahmung Jesu Christi im Neuen Testament*, Tübingen 1967, 27-43.

II.2 Condiciones del seguimiento

En el evangelio marquiano es el mismo Jesús el que pone las condiciones de su seguimiento ante la multitud: negarse a sí mismo, cargar con la cruz y seguirle (Mc 8,34-38). Indudablemente el logion acusa el influjo de los sucesos de la pasión y expresa la exigencia de una solidaridad total con el destino de Jesús. La conexión de la perícopa con el Reinado de Dios es clara en el evangelio (Mc 9,1). Un logion de parecida radicalidad es el de Mc 10,17-22, que de nuevo conecta el seguimiento de Jesús y el Reinado de Dios (Mc 10,23,25): En esta perícopa Marcos contrapone los mandatos del Antiguo Testamento, «cumplir con los mandamientos», con las exigencias del tiempo de Jesús, «algo te falta» dar a los pobres y seguirme¹⁷. Es lo que recoge Lc 18,22 mientras que por el contrario Mateo dulcifica el radicalismo del contraste poniéndolo como algo que concierne a la perfección «si quieres ser perfecto» (Mt 19,21). Esta versión mateana es la que ha llevado frecuentemente a ver aquí un «consejo de perfección» para aquellos más fervorosos y entusiasmados con Jesús. Pero esto equivale a desconocer el sentido de estas perícopas de Marcos y también la teología de Mateo. El evangelio de Mateo se caracteriza precisamente porque llama a todos los cristianos a la perfección, y esto es lo que caracteriza a la comunidad cristiana en contraste con el «viejo Israel»¹⁸. En Marcos, a su vez, se busca resaltar la dimensión escatológica: De la misma forma que el Reinado de Dios se patentiza en los milagros, curaciones y exorcismos de Jesús, así también en el seguimiento de los discípulos que lo dejan todo y siguen a Jesús abandonando cuanto tienen.

Por eso, cuando los discípulos preguntan cuál será su recompensa por haber roto con todas las vinculaciones sociales para seguir a Jesús la respuesta conecta con el tiempo final del Reinado de Dios, el próximo eón. (Mc 10,28-30). También los otros sinópticos han completado a Marcos con otras escenas que conectan el radicalismo del seguimiento de Jesús con su actividad escatológica

¹⁷ Este punto está bien desarrollado por K. G. REPLOH, *Markus-Lehrer der Gemeinde*, Stuttgart 1969, 132-40; 191-201; también P. V. DÍAS, *Kirche in der Schrift und im zweiten Jahrhundert*, Freiburg 1974, 66-67.

¹⁸ Pienso que el estudio más importante sobre la teología mateana de la Iglesia es el de H. FRANKEMÖLLE, *Jahwebund und Kirche Christi*, Münster 1973, 84-105; 286-93. Frankemölle demuestra exhaustivamente esta interpretación que yo doy al versículo. Por el contrario esto se le escapa a A. SCHULZ, *Op. cit.*, 76-68.

(Mt 8,21-22 par; Lc 18,29; 22,28-30; 9,61-62). Ante la irrupción del Reinado de Dios se cuestionan todos los vínculos sociales¹⁹. Esto no quiere decir que todo discípulo tenga que tener las mismas exigencias concretas, ya que Jesús hasta rechaza a uno que quiere seguirle (Mc 5,18-19) y hay otro que no le sigue y al que se permite exorcizar en su nombre (Mc 9,38-41). Pero un discípulo es el que está dispuesto a dejar lo que haga falta, el que no interpone nada entre él y Jesús, el incondicional que opta por Jesús con todas las consecuencias. Si no, no es discípulo.

II.3 La enseñanza de Jesús

Independientemente de la enseñanza al pueblo el evangelio de Marcos contiene unas instrucciones dirigidas por Jesús sólo a sus discípulos. Estas se concentran en Mc 8,27 hasta Mc 10,52. Es decir, una vez que los discípulos han confesado su propia identidad Jesús pasa a instruirles mientras que la enseñanza al pueblo se coloca ya en el marco de las controversias con sus representantes. Estas instrucciones se nos presentan en un esquema muy claro: los tres anuncios de la pasión (Mc 8,31-33; 9,30-32; 10,32-34), seguidos de escenas en la que los discípulos no comprenden estos anuncios y se pelean entre sí por la grandeza y el poder (Mc 8,33; 9,33-37; 10,35-45), y como conclusión la enseñanza de Jesús²⁰.

Esta es una nueva forma del combate entre Jesús y el espíritu del mal: Ahora son los discípulos los que le tientan, e incluso se llama a Pedro «Satanás» (Mc 8,33) y se describe la oración del huerto recordándoles que tienen que resistir a la tentación (Mc 14,38). De la misma forma que los adversarios de Jesús ahora son sus discípulos los que se convierten en el instrumento del mal al intentar apartar a Jesús de su destino y desviarle a un mesianismo de poder y grandeza. Este sentido lo recogen los otros dos sinópticos en el relato de las tentaciones (Mt 4,1-11; Lc 4,1-13) indicando que se tienta a Jesús con el poder y el prestigio para que se aproveche de su relación especial con Dios y sea un mesías triunfante. Es el intento de usar a Dios en provecho propio, para superar las limitaciones inherentes a la condición humana. Por eso la respuesta de Jesús en Marcos conecta con la idea del Reinado de Dios y exige el aceptar el propio destino (Mc 8,34-9,1), el hacerse el último

¹⁹ Cfr. M. HENGEL, *Op. cit.*, 18-23; 76-78; K. G. REPLOH, *Op. cit.*, 201-11.

²⁰ Estos capítulos son centrales en el estudio de K. G. REPLOH, *Op. cit.*, 89-173. También W. BRACHT, *Op. cit.*, 145-52 les da un lugar central en la teología marquiiana del discipulado.

como un niño (Mc 9,35-37), y el hacerse como un esclavo (Mc 10,38-45)²¹.

Esta incomprensión de los discípulos es el resultado de la enseñanza de Jesús con ellos *aparte* de la multitud (Mc 4,34.36-41; 5,37.40; 6,6-13.31-33.45-52; 7,17-23; 8,1-10.14-21.27-33; 9,1-13.28; 10,10.23; 11,12-14.21; 12,43; 13,1.4). Marcos es reiterativo marcando los contrastes con la enseñanza al pueblo: sólo ellos conocen los secretos del Reinado de Dios (Mc 4,10-12) y sólo a ellos se les explica el sentido de las parábolas (Mc 4,13-20), e incluso hay parábolas reservadas a ellos (Mc 4,21-34). Todo se lo explicaba en privado (Mc 4,34), participan en su actividad y reciben con él las críticas de los adversarios (Mc 2,14-18.23-28; 7,17). Y, sin embargo, la conclusión es que los discípulos *no entienden* (Mc 5,31; 6,52; 7,17; 8,17-18.21), y que tienen el corazón endurecido (Mc 6,52; 8,17-18); esto les acerca peligrosamente a la actitud de las autoridades judías de corazón endurecido (Mc 3,5; 10,5) y a la actitud del pueblo (Mc 4,12; 7,18), explicada con citas veterotestamentarias que también se aplican a los discípulos (Mc 8,18). Su incapacidad para comprender a Jesús, así como su imposibilidad de expulsar demonios (Mc 9,14.18.28) es el epílogo de Marcos, en el que nos cuenta el nuevo fracaso de Jesús, esta vez con los suyos (Mateo, por contra, idealiza a los discípulos corrigiendo a Marcos para resaltar más el contraste entre el pueblo que no entiende y los discípulos que sí se abren a Jesús)²².

Esta es la lección marquiana para la comunidad cristiana: no basta con seguir a Jesús, sino que hay que reconvertir el corazón y la mentalidad, lo que Juan llama «nacer de nuevo». Al estar contaminados por los valores de la sociedad y de la cultura que enraízan en las actitudes más profundas del hombre los discípulos se incapacitan para comprender los «antivalores» del Reino contrapuestos a los valores sociales, como el poder, el dinero y el prestigio. La misma relación religiosa tiene que invertirse: no se trata de manipular a Dios, de estar a bien con él para que él nos saque de los apuros de la vida, para que él mitigue nuestra condición humana y nos salve del fracaso, del sufrimiento o de la persecución en la historia. Esto es precisamente lo que esperaban los discípulos

²¹ Esta problemática está analizada cuidadosamente en lo referente al evangelio de Marcos por la ya citada obra de J. M. ROBINSON, *Op. cit.*, 75-78; K. G. REPLOH, *Op. cit.*, 123-73. La problemática general de las tentaciones está muy bien desarrollada por J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Op. cit.*, y en su obra *La humanidad nueva. Ensayo de Cristología I*. Madrid 1974, 182-94.

²² Cfr. J. M. ROBINSON, *Op. cit.*, 38-42; 75-81.

que Dios hiciera con Jesús, que Dios interviniera para que Jesús fuera el triunfador en la historia. Sin embargo, eso supone manipular la «trascendencia» para romper la inmanencia de la historia. Por eso los discípulos fracasan en su seguimiento de Jesús: «le siguen asustados» (Mc 10,32) y «le abandonaron y huyeron» (Mc 14,50). Pedro ejemplariza el contraste entre el seguimiento inicial (Mc 1,18: «inmediatamente dejaron las redes y le siguieron»), y el final cuando le ha abandonado (Mc 14,54; «le seguía de lejos»); entre la confesión inicial (Mc 8,29; «Tú eres el Mesías») y el final (Mc 14,71: «no conozco a ese hombre»).

Esta idea del seguimiento, que también es recogida en los otros evangelios, es sustituida luego en los otros escritos neotestamentarios por la idea de la fe en Jesús y de la «imitación de Cristo». Esa imitación se presenta bajo el esquema de Jesús como modelo a imitar del que se desprende necesariamente un comportamiento determinado (Ro 15,7; Ef 5,2.25; Jn 13,34; 15,12; 1Jn 3,3.7; 1Pe 2,20; 3,17 Cfr. Mc 10,43-45; Mt 20,28), o bajo el más matizado de Jesús como ejemplo (Jn 13,14.15; 1Jn 2,6; 3,16; 4,17). Este concepto de la imitación tiene preferentemente un sentido ético y es más restringido que el sinóptico de seguimiento. Es una muestra clara del influjo de la cultura griega en la comunidad primitiva²³.

II.4 Los doce y los discípulos

En el evangelio, al mencionar a los seguidores de Jesús, se nos habla tanto de los discípulos, como de los doce. Fuera de los evangelios sólo hay tres citas en el Nuevo Testamento, en las que se habla expresamente de los doce (1Cor 15,5; He 6,2; Ap 21,14), y si analizamos los sinópticos encontramos doce perícopas marquiánas referidas a los doce mientras que Mateo y Lucas son dependientes de él, como nos muestra un análisis comparativo de los tres evangelistas (los otros dos sinópticos tienen cuatro citas ausentes en el evangelio de Marcos: una común Mt 19,28 par Lc 22,30; y tres de fuente propia Mt 10,5; 11,1; Lc 8,1)²⁴.

Un problema discutido en exégesis es la posible identificación sin más de «los doce» con los discípulos, pero el mismo hecho de que se mencione a ambos subgrupos es ya un índice de que no son

²³ Sobre el concepto de imitación de Cristo véase A. SCHULZ, *Op. cit.*, 195-97; 201-6; 248-70. También M. HENGEL, *Op. cit.*, 96-99.

²⁴ Véase la tabla de G. SCHMAHL, *Op. cit.*, 16-17.

sin más equiparables. Los doce son discípulos, pero constituyen un subgrupo más reducido (Mc 2,15; 4,10.34; 9,31.35; 10,17.22.32; 11,9.11), aunque Marcos no tiene interés en precisar y matizar ambos conceptos²⁵. Por su parte, Lucas y Juan también mantienen la distinción entre un grupo reducido de doce y uno más amplio de discípulos (Lc 6,13.7; 10,1.16.23; 14,25.27.33; 19,37-39; Jn 4,1; 6,60-61.66-67; 7,3; 9,27-28; 19,38). Por el contrario, Mateo une redaccionalmente «discípulos» con «doce» (Mt 10,1; 11,1; 26,20, y 20,17 en algunos códices), sustituye los doce de Marcos por «los discípulos» (Mt 13,10 Cfr. Mc 4,10), y habla de los «once discípulos» (Mt 28,16). Además, cambia el nombre de Leví (Mc 2,14) por el de Mateo para que su nombre entre en la lista de los «doce discípulos» (Mt 9,9 Cfr. Mc 3,16-19 par)²⁶. Esta simplificación mateana está de acuerdo con su idealización de los doce para contraponer dos únicos bloques de doce discípulos (nuevo Israel) y el pueblo (el Israel condenado).

¿Qué papel juega el grupo de doce dentro del de los discípulos? Indudablemente la tradición de las doce tribus de Israel condiciona su significación teológica: representan el nuevo pueblo de Dios. Por eso Jesús hace doce (Mc 3,14 sin artículo. A partir de entonces se les nombra con artículo porque son ya un grupo constituido, determinado)²⁷.

Además, son enviados por el mismo Jesús (Mc 6,7-13) y en el momento de ser enviados se les llama «apóstoles» (Mc 6,30). Es la única vez que reciben esa denominación de indudable resonancia eclesiológica en el evangelio e incluso Marcos interrumpe la acción de Jesús mientras que son enviados (Mc 6,14-29) para reanudarla una vez que retornan. Marcos legitima cristológicamente a los «apóstoles» de la Iglesia primitiva, que encuentran aquí un precedente teológico-histórico (esto lo refuerza Lucas que hace de los doce los «apóstoles» per se). El envío de los doce se des-

²⁵ A. SCHULZ, *Op. cit.*, 47-49, y K. G. REPLOH, *Op. cit.*, 47-48, tienden a identificar ambos conceptos como designativos de un único grupo. Véase una buena exposición con una crítica de esta identificación en K. STOCK, *Op. cit.*, 199-202; G. SCHMAHL, *Op. cit.*, 1-15; 125-28.

²⁶ G. SCHMAHL, *Op. cit.*, 146-48; G. STRECKER, *Der Weg der Gerechtigkeit*, Göttingen 1962, 191-206; J. ROLOFF, *Apostolat-Verkündigung-Kirche*, Gütersloh 1965, 178-84.

²⁷ G. SCHMAHL, *Op. cit.*, 54-57; 61; A. SCHULZ, *Op. cit.*, 76; H. SCHÜR-MANN, *Der Jüngerkreis als Zeichen für Israel: Geist und Leben* 36 (1963) 35 tiende a ver en el discipulado de los doce el carácter simbólico de la vida religiosa. Inconscientemente afirma que tras Pascua todo cristiano es un discípulo del Señor, y, sin embargo, les falta el carácter de «signo» propio de los religiosos.

cribe en paralelismo a Jesús: enseña, curan enfermos, tienen autoridad para expulsar demonios, reciben instrucciones acerca del método misional... Marcos escenifica en los doce la misión de la Iglesia primitiva que tiene en ellos sus antecesores históricos. Entre ellos están personajes históricos de gran importancia para la comunidad primitiva como Pedro y Judas, pero el hecho de que las mismas listas de los sinópticos no coincidan entre sí es un indicio de que como grupo concreto no ocuparon un primer plano en la vida de la Iglesia primitiva (aunque sí algunos de sus miembros) ²⁸.

En la escena del envío se resalta su autoridad para expulsar demonios (Mc 6,7), que no es exclusiva de ellos (Mc 9,38), conectando su misión con la de Jesús enviado para luchar contra el espíritu del mal. Así la Iglesia representada por los doce continúa la misión de Jesús: tiene que desendemoniar el mundo. Allí donde hay opresión del hombre, donde un poder o una ideología se convierte en absoluto y exige la adoración del hombre que se sacrifica a ese «ídolo», donde el hombre se convierte en el «lobo del hombre», hay un ámbito endemoniado. Del mismo modo que la utopía del Reino se convertía con Jesús en una presencia liberadora en la historia, así también la utopía del Reino de los cielos que los cristianos mencionamos diariamente en el Padre Nuestro, y la espera de la parusía de Jesús conectan necesariamente con una praxis liberadora, desendemonizadora dentro de la historia ²⁹.

Este envío directo por parte de Jesús es lo representativo de los doce, respecto a los discípulos en el evangelio de Marcos. Pero el envío se funda en la comunidad con él: «se les llama para que estén con él y para enviarlos a predicar» (Mc 3,14). Son el núcleo más íntimo de la comunidad de los discípulos y por eso tienen una significación teológica ³⁰ además de su concreción histórica: El cristianismo no es un hecho individual, sino comunitario. Jesús crea un ámbito «contracultural» dentro de la sociedad y de la historia, definido por un grupo de personas que se relacionan entre

²⁸ W. BRACHT, *Op. cit.*, 165; G. SCHMAHL, *Op. cit.*, 67-82. No entramos aquí en la problemática acerca de si los doce realmente fueron apóstoles en el sentido estricto que le daba la Iglesia primitiva. Sobre esto puede consultarse G. KLEIN, *Die Zwölf Apostel*, Göttingen 1961; J. ROLOFF, *Op. cit.*, 138-69; 272-75.

²⁹ Véase la excelente exposición de J. MOLTSMANN, *El dios crucificado*, Salamanca 1975, 455-65 sobre los «círculos diabólicos» de la sociedad.

³⁰ K. STOCK, *Op. cit.*, 193-96; 207-12 tiende a subrayar este aspecto comunitario, mientras que G. SCHMAHL, *Op. cit.*, 73-78; 114-16; 125-28; 141-46 pone el acento en el envío por Cristo como lo determinante de los doce.

sí según los valores del Reinado de Dios y no según los valores fomentados en la sociedad. Así hay una oposición entre la comunidad cristiana y la sociedad general. Lo característico no es la separación sociológica, ni el hecho de aceptar una doctrina determinada, ni unos sacramentos, ni un culto. Lo determinante es el vivir como Jesús de Nazaret, con sus valores, con sus actitudes, con su «filosofía de la vida», con su enfoque de las relaciones humanas y de la relación con Dios. Esta es la comunidad de vida y de destino que representan los doce, el núcleo teológico del nuevo Israel, de la Iglesia cristiana.

JUAN A. ESTRADA DÍAZ

Facultad de Teología
Granada